

Los amantes

*Solve et Coagula.
De la tradición cabalística*

Llega antes de la hora, pues no puede pensar que se le haga tarde. Hace un calor infinito, calor de vísperas de Semana Santa. Se quita los zapatos para sentir el frío del piso. Saca de una bolsita los dos vasos, la botella de aguardiente, mira el reloj.

Aún faltan cinco minutos.

El olor de la impaciencia oprime el recinto.

Un instante de plomo le cae encima. Es el momento cuando siempre duda: ¿Y si no viene?

Se sienta en el sofá y recuerda. Las imágenes saltan de cada recodo de su cuerpo. Las rodillas tiemblan. Para distraer su propia tensión, toma su perfume, pone una gota entre los senos, dos atrás de la nuca. Mira sus cigarrillos pero no toma ninguno. A él no le gustaría ... Oye el ruido del auto que se aparca. Sube como siempre al vano de la ventana para cerciorarse. Percibe apenas el color verde del auto. Llegó. Corre y abre con anticipación la puerta.

Él aparece y, a continuación, sus brazos, su olor, su calor la cubren. Entra con avidez a este abrigo, como si la espera le hubiera desbocado algo dentro. Se deja recorrer por sus manos grandes, por sus labios que, finalmente, se detienen sobre su boca. Un beso y el sabor a sal inundan su paladar.

Lo toma de la mano, lo lleva al sofá. Él ríe, cuenta cosas, mientras se sirve un trago. Ella no piensa sino en sus labios húmedos. Percibiendo en su mirada ese deseo, él la vuelve a besar, largamente, profundamente, juntando el calor de sus bocas al calor de marzo. Todo se alumbra.

La espera es insoportable, ella le quita la corbata. Él entiende, caminan al cuarto vacío donde un colchón yace en el suelo, desnudo. La toma por la cintura y sus labios ya no se separan.

Abrazados, caen hasta el fondo del abismo donde cada uno será la red que detenga al otro. Pierden el nombre y la historia. El cuerpo toma la dirección. Todo se vuelve sensación en la caída: humedad, tibieza, la gentileza de la carne. Algo roza lugares inéditos, haciendo florecer una ternura. Algo toca lugares dormidos y el gozo surge, como si fuera nuevo. El corazón se desarma en medio de un extático letargo. Recuerdan remotamente estar temblando de frío.

Los ritos de desvestirse y ya están tendidos.

Tienen mucha urgencia: una boca aprisiona un pezón, otra recorre un cuello, luego las lenguas se abrasan, y pasan a convidar al festín a las orejas, a los párpados. Las manos viajan de los glúteos a la larga y ondulada espalda, del clítoris al vientre, hasta que la agonía exige llevarlo todo hasta el final. Su sexo abre y descoyunta, mientras ella con placer lo recibe, se abre y descoyunta.

El hermafrodita deja de ser recóndito. La sangre alebrestada se lanza contra todos los límites, sienes, entrañas, dedos que se deslizan perdidos por todas partes.

Cuando la tormenta acaba y se recupera el aliento, las manos se abandonan a los cuerpos encallados, delineando los bordes, dibujando siluetas, como pájaros que rondan el azul infinito de la tarde.

Todo es ahora muy lento', hurgando dentro de un espacio detenido. Ella pasa su dedo índice en el borde de sus labios, no contenta, lo humedece con su lengua y renueva la caricia. Él riega con besos diminutos su frente, mientras ella peina sus cabellos mojados de sudor.

Éste es el siglo de los besos lentos que recorren largos desiertos. La piel reconoce geografías, usando instrumentos insólitos: un codo, un pie, una muñeca. Todo incita a la fascinación, los largos muslos, el descenso de la cintura, las intrincadas selvas de vellos púbicos. Él bebe de sus pechos mágicas sustancias imaginadas, ella pone sus labios suaves en sus rodillas con veneración. Ascendiendo, moja con ellos sus ingles, besa su sexo.

De nuevo; él entra en ella, ya no con gula o urgencia. Se abandonan despacio y sin mapa, más allá de la premeditación o el lenguaje. La sabiduría del cuerpo, la re invención del ritual de la pareja, el reconocimiento del eterno misterio. Fusión sin razones, sin diálogos. Bella en su increíble simpleza. Gozosa y alada.

Esta vez, el orgasmo es agónico. Les parece que los cuerpos se van a derrumbar. Algo se conmueve por dentro y las lágrimas salen corriendo a los ojos (¿de él o de ella?). Dos torres se desploman en medio de una nube de polvo.

Cuando todo acaba, él ha quedado dentro.

Vuelve despacio de un lugar ignoto. No desea salir de allí, como antes (en tiempos inmemoriales) no quería ser expulsado del paraíso. Ella también se amarra de brazos y piernas a este cuerpo salvavidas, fugitiva aún del tiempo y su agonía. Quedan así por una eternidad: trabados, atrapados, enredados, sin vidas distintas, sin separación.

Él se da una ducha. Ella no: quiere quedarse con él dentro de su cuerpo. Se despiden abajo, con unas cuantas palabras, un abrazo callado. Cada uno en su auto, en su soledad, surca las luces una ciudad que brilla serena mientras el tráfico enloquece.

Ella estaciona en el supermercado, baja presurosa, se ha hecho tarde. No puede evitar que sus movimientos estén entumecidos, la ensoñación la sumerge en sensaciones que se escapan de su cuerpo. Las manzanas frías van a dar a sus labios incendiados. Recién nota que su barba le ha raspado el mentón. Mientras la cajera le pregunta si paga con efectivo o con cheque, sus pezones ardientes recuerdan su boca.

Cuando regresa al auto, el celular repite la tonada que la pone siempre nerviosa.

—¿Dónde te metiste?, grita la voz del otro lado, y, sin esperar respuesta: los niños no habían cenado cuando llegué.

—Estoy en el super... Llego en diez minutos. Deja de escuchar la voz del teléfono y la letanía se pierde en su indiferencia. Sólo parecen existir aquellas palabras que él dijo antes de partir:

—Hasta el próximo jueves, amor.